

Homilía del 6 de julio de 2014

«Alégrate sobremanera, hija de Sión . . .». . . . Nuestra primera lectura habla de la esperanza de los judíos por un tiempo de paz, cuando el Mesías, un rey como David o su hijo Salomón, vendría cabalgando como Salomón—no en un carro de guerra con sus caballos—sino en un burrito, prohibiendo todos instrumentos de guerra, y proclamando la paz.

«Hermanos: Ustedes no viven conforme al desorden egoísta del hombre, sino conforme al Espíritu, puesto que el Espíritu de Dios habita verdaderamente en ustedes». . . . San Pablo les está escribiendo a los cristianos en Roma, gente que nunca ha conocido, porque nunca había estado en Roma. Él está confiando . . . ¿esperando? . . . que los cristianos están viviendo su fe.

El viernes celebramos la adopción de la Declaración de Independencia por el Congreso Continental el 4 de julio de 1776 (mil setecientos setenta y seis). También expresa la esperanza. Quizás la declaración más famosa en el documento es esta: «Sostenemos que estas verdades son evidentes en sí mismas: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad».

¡Ay! . . . Ninguna de esas esperanzas, esos ideales, se ha logrado. Jesús vino como el rey de la paz, montado en un burrito, pero el mundo sigue desgarrado por la guerra y la hostilidad a través de estos veintiún siglos desde su llegada. San Pablo sabía que no todos cristianos vivían su fe, porque en la misma carta escribió: «Dejemos, pues, de juzgarnos los unos a los otros. Examinémonos, más bien, no sea que pongamos delante de nuestro hermano algo que lo haga tropezar» (Romanos 14:13). Thomas Jefferson escribió las palabras que expresa el ideal de la igualdad, pero él y los otros padres fundadores creyeron que algunas personas eran más igual que otras.

Recuerdo cuando era joven en la escuela secundaria, estudiando la Declaración de Independencia y otros documentos nacionales, le dije a mi maestra: «¿Cuál es la razón de tener todos estos ideales si no vamos a seguirlos?» Recuerdo bien su respuesta ácida: «Sr. McCully,» le dijo, «prefería usted que no tuviéramos ideales que alcanzar?»

Homilía del 6 de julio de 2014

No creo que nunca me di cuenta de cuán importante es la esperanza hasta que entendí que la desesperación puede destruir a una persona. He escuchado a la gente hablar duramente acerca de los pobres y decir, «Recuerdo cuando yo no tenía ni un centavo a mi nombre».

Cuando escucho esos juicios duros, yo también recuerdo ser pobre, pero nunca creí que sería pobre para siempre. Yo tenía la esperanza. ¿Cómo es que las personas no recuerdan lo difícil que es obtener algo cuando no tienes nada? Escucho la desesperación, incluso los pensamientos suicidas, de una esposa que se siente atrapada en un matrimonio sin amor.

Escucho a la tristeza de una madre soltera que dice sobre el padre de sus hijos, «Pensé que un día se casaría conmigo, pero ahora pienso que nunca lo hará». Escucho a la desesperación de un hombre que me dice que él bebe demasiado: «Tengo que tomar un descanso», él dice, «entonces no puedo parar bebiendo». Y veo a los jóvenes con mentes brillantes y capaces conformarse con empleos de baja remuneración y una vida de duro trabajo porque no tienen ninguna esperanza de algo mejor. Sin esperanza, no tenemos nada que aspirar, no hay nada que alcanzar.

Nuestro Señor Jesús escucha y conoce cada grito de los pobres y de los sin esperanza. Porque él escucha los gritos, dice:

Vengan a mí, todos los que están fatigados y agobiados por la carga, y yo les daré alivio. Tomen mi yugo sobre ustedes y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso, porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

Éstas no son las palabras que dicen, «Acepten su desesperanza». Son palabras para darnos fuerzas. Estar enyugado a Cristo es tenerlo a nuestro lado, tirando de la carga. San Pablo entendió bien que nuestro Señor Jesús nos da la fuerza, la perseverancia, y la determinación. Por lo tanto, San Pablo escribió, «Todo lo puedo en aquel que me fortalece» (Filipenses 4:13). Y así les desafío y les animo a dejar que Cristo se enyunte con ustedes. En él, esperamos. En él sabemos que podemos lograr lo que él quiere que hagamos. Que creamos las palabras de nuestro Señor y trabajemos hacia su llamada a usar los dones que él nos ha dado.